

Un colaborador montevideano de Alejandro Dumas:

EL GENERAL MELCHOR PACHECO Y OBES

El señor Jacques Duprey, cuya primera obra "Un fils de Napoléon Ier dans les pays de la Plata" tuvo gran éxito hace algunos años, acaba de publicar, esta vez en español, otro libro titulado "Alejandro Dumas, Rosas y Montevideo", de gran interés para el público montevideano en general y en particular para la historia del Batllismo.

Este libro, ya muy original por su tema, está basado en una de las documentaciones más recientes, en francés y en español, de la que son testimonio numerosas ilustraciones poco conocidas y aún inéditas, como las que acompañan este artículo. El señor Duprey presenta cuatro obras con tema montevideano de Alejandro Dumas padre, algunas de las cuales permanecían ignoradas hasta ahora: un número de la revista literaria y política "Le Mois", dirigida ruidosamente por el novelista; un elocuente opusculo más conocido hoy por su título que por su texto, "Montevideo ou une nouvelle Troie"; un capítulo de una curiosa novela autobiográfica: "Une aventure d'amour"; y por último una traducción libre, en francés, de las "Mémoires de Garibaldi", según el manuscrito original en italiano.

El libro de Jacques Duprey realiza el milagro de interesar y gustar a lectores muy diversos. Los entendidos apreciarán su prosa ágil y precisa, en la que el humor no enfria el entusiasmo. Los aficionados a la historia encontrarán en él enfoques generales y síntesis vigorosas sobre este período, tan prestigioso, de las guerras civiles del Plata; el sitio de Montevideo, convertida en Nueva Troya. Los fervientes eruditos de la historia de los partidos políticos, y de los anales familiares se detendrán en numerosos hechos verdícos y desconocidos.

Muchos capítulos atraen la atención, y los títulos son expresivos de por sí: importancia de las guerras civiles montevideanas para la opinión francesa y los grandes escritores románticos franceses de Chateaubriand a Alejandro Dumas; análisis de cada una de las obras montevideanas de Alejandro Dumas; crítica literaria e histórica del opusculo "Montevideo ou une nouvelle Troie"; el problema de las fuentes en las obras de Dumas, novelista bastante poco escrupuloso para firmar libros preparados por colaboradores anónimos; relato de la agitada misión del general Melchor Pacheco y Obes en París; amistad de este último con Dumas, y colaboración literaria de ambos; extraordinaria difusión de las obras montevideanas de Dumas en Francia, Italia, Inglaterra, Brasil, Uruguay y Argentina hacia 1850, y su influencia; campañas periodísticas levantadas por el opusculo "Montevideo ou une Nouvelle Troie" en la prensa injuriosa de Oribe y de Rosas; influencia económica, social, política y moral del sitio de Montevideo; dificultades de orden literario, histórico y sentimental para juzgarlo; y por último, una original concepción del señor Duprey, quien anuncia una historia psicológica del "Sitio de Montevideo", basada en memorias inéditas de defensores o sitiadores, más verdícas que la "Nouvelle Troie" de Alejandro Dumas.

Entre estos temas, hemos elegido para reproducirlo en parte, el análisis de la amistad y la colaboración de Alejandro Dumas y Melchor Pacheco y Obes.

He aquí, primero, en que términos el señor Duprey evoca la extraordinaria personalidad de este último:



GENERAL MELCHOR PACHECO Y OBES. (1809-1855). GRABADO DE "LILLUS. TRATION", NUMERO DEL 19 DE ENERO DE 1850.

"PEQUEÑO, pero de gran empaque, con su barba rubia y su tornasolado uniforme azul con botones de oro de joven general de cuarenta años; ojos afebrados, todo su cuerpo ardiendo en una llama sagrada y un mal implacable que lo llevará, joven todavía, algunos años después; desinteresado y generoso hasta la prodigalidad; capaz de improvisar, aún en francés, arengas elocuentes, protestas furibundas, pero conversador atractivo en la intimidad; nutrido su espíritu de la cultura romántica francesa más desmelenada; duelista y poeta, especie de Cyrano capaz de redondear versos galantes para sus bellas damas o romances elegiacos a la luna, antes de caer cara al adversario, la réplica fustigante en el labio o la espada en el puño; impulsivo, irreflexivo, autoritario y susceptible, con una inteligencia muy viva y penetrante, el general Melchor Pacheco y Obes es de inmediato de una asombrosa actividad.

Los jóvenes uruguayos que rodearon entonces en París al general Pacheco, sucesivamente diplomático, periodista, orador, poeta, abogado, duelista, han conservado un recuerdo inolvidable de él.

Uno de ellos, Mariano Ferreira, muerto hace algunos años casi centenario, gustaba evocar la amistad del general y Alejandro Dumas, cuyo feliz beneficiario había sido, ocupando gratis el palco personal del novelista-dramaturgo en el Théâtre Historique. El palco fue ofrecido al representante uruguayo quien hacía aprovechar

esa oportunidad a los jóvenes de su misión.

Mariano Ferreira pudo así admirar a Madame Personne, que representaba con éxito clamoroso *La Guerre des Femmes*, Juaní, *Une Fille Terrible*, los dramas de su amante, Dumas. La mejor cuadrilla del joven Mariano fue ciertamente la que bailó con esta actriz en la fiesta anual de los artistas de París, teniendo enfrente a Alejandro Dumas hijo, y su querida, otra actriz cuya seducción enfermiza recordaba la de la *Dama de las Camelias*. Strauss estaba en la orquesta. Alejandro Dumas padre, el gran novelista, y su amigo el general Pacheco miraban, enternecidos, bailar a las dos parejas: las pálidas jóvenes del brazo de sus caballeros de tez morena, completamente poseídos por el ritmo que les venía, tanto a uno como a otro, de una abuela negra de los trópicos americanos.

Dumas y Pacheco se estimaron hasta el punto de cambiar libros y retratos; y cuando debieron separarse, el novelista regaló al general un cuadro al pastel muy hermoso, hoy en el Museo Histórico Nacional de Montevideo donde aparece en todo el ardor de su juventud triunfante.

Es de esta amistad entre dos hombres de edad casi igual y temperamento semejante, que nació la célebre pequeña obra escrita en estrecha colaboración y, conviene afirmarlo, con un completo desinterés de una y otra parte. Para contrarrestar la influencia de la *Nueva Troya* en favor de la causa montevideana en los países del Plata, la prensa dirigida de Rosas y Oribe



AGENCIA AMERICANA



Sta. Esmeralda V. Routin Etcheverría

gentil niña de la sociedad montevideana, tejiendo con Katia.

PARA LA MUJER DEL FUTURO

Katia
UN PRODUCTO

lanas

TEO

LA MARCA CONSAGRADA

Cher General
Je vous en donne une heure c'est à l'honneur que vous voulez -
Je voudrais finir notre grande affaire
Cous les respects du cœur
Alex Dumas

AUTOGRAFO DE ALEJANDRO DUMAS (PADRE), DIRIGIDO AL GENERAL MELCHOR PACHECO Y OBES.

Se difundió la calumnia sobre el general Melchor Pacheco y Obes, ministro deshonesto de la "Defensa", y sobre Alejandro Dumas, escritor vergonzosamente venal al servicio de este último. Sin fortuna personal, hasta llegado el año anterior a una escasez de medios muy digna, con el débil viático del "Peregrino" tan difícilmente al comienzo de su misión parisiense que se prolongaba con exceso, cómo hubiera podido el general comprar al escritor mejor pagado del mundo, si este último hubiera querido ser pagado? Por otra parte la reputación de pirata literario que tenía Dumas le había venido sobre todo de sus querellas con colaboradores sacados de la sombra por él y luego susceptibles e inaratos, o con directores de diarios ávidos de explotar al máximo el Pácelo que era para ellos la sola firma del folletínista extraordinariamente popular. De hecho, si Dumas tenía ganancias fabulosas, mantenía a su alrededor, con una credulidad ciega, una prodigalidad fastuosa, pero también con una gran generosidad de corazón, todo un mundo de futuras, viejas y falsas glorias literarias, artísticas o militares; ayudaba materialmente sin reparar en sumas las causas que le parecían bellas. Al morir, este "Peregrino" pidió a su hijo, el dramaturgo, que fuera a recoger de sobre la chimenea el único escudo que le quedaba, como él mismo lo había hecho a pedido de su padre, el general Dumas, muerto en la miseria como él.

Más que a las injurias rosistas y oribistas, conviene dar crédito a los textos dejados por los co-autores de la Nueva Troya. En una comunicación tardía a su gobierno, el 10 de agosto de 1850, el general Pacheco de regreso a Montevideo hace el elogio de Alejandro Dumas que consagrando a la República su talento gigante ha dado a la causa oriental la importancia y la popularidad de su nombre, sin que éste sea el único servicio que le debemos. Estas últimas palabras parecen indicar que Dumas, lejos de ser retribuido, ayudó de su peculio al general durante su difícil misión. Tal vez costó la publicación de la Nueva Troya. El prefacio de la edición italiana aparecida en Génova en 1850, especifica claramente el desinterés de Dumas en favor de Garibaldi y de su familia. Dumas, muy probablemente, no exigió nada al general Pacheco del cual dirá más tarde en su novela Une aventure d'amour: Pour ce que Cincinato, había movido millones como Lamartine; sólo que era uno de esos poetas de manos abiertas, entre cuyos dedos los millones se deslizan.

Por lo demás, la parte del general es netamente la más importante en la elaboración de la Nueva Troya.

El título es muy feliz. ¿A quién atribuirlo? La antigüedad greco-latina ha suministrado siempre numerosas comparaciones. Los oradores de la Revolución Francesa hicieron uso immoderado de ellas. A pesar del famoso anatema: ¿Quién nos libertará de los griegos y los romanos?, la mayor parte de los románticos franceses se inspiraron en ellos sin confesarlo. Ciertos escritores menores, Maurice de Guérin o Louis Ménard, han tenido hasta el sentimiento de la antigüedad que se unía en este último a una fe republicana profunda en las cercanías de 1848. El socialismo a la manera espartana volvía a tomar vida, como en 1793, en los clubes políticos, pintorescos y efímeros de los comienzos de la Segunda República francesa.

Alejandro Dumas, más sensible a estos ecos populares que a los puros acentos de los poetas, obedeció a ese gusto de lo antiguo actualizado por la política.

En las orillas del Río de la Plata, la élite cultivada, los unitarios sobre todo, adornaban arengas y artículos con recuerdos escolares de la antigüedad. Bruto o Leonidas

servían para glorificar los héroes de atroces guerras civiles. A Rosas mismo, cuando dejó el poder en 1832 para regresar provisionariamente a sus estancias del sur de la Pampa, se le dió el título de moderno Cincinato; más tarde es el César argentino de los federales y el Nerón sangriento de los unitarios, mientras que don Encarnación, su mujer, es la moderna Judith.

Ya en 1843 el relato del caluroso retorno de Garibaldi a las líneas oribistas para recoger el cuerpo de su amigo el coronel Neyra, hace exclamar a Rivera Indarte que **Homero cantó las hazañas de Aquiles en busca de su amigo Patroclo**. Algunos años más tarde era más natural aún evocar la Troya antigua con un sitio que se eternizaba.

Dumas y Pacheco no pudieron sino felicitarse por el título famoso que estaba en el aire, que ellos recogieron y que dejaron desde entonces como un sobrenombre glorioso a la ciudad heroica del Río de la Plata.

En toda colaboración literaria es difícil determinar la parte de cada uno. En lo que concierne a las novelas de Dumas es costumbre decir que fué el arquitecto apresurado que explota el trabajo paciente de humildes albañiles. El general Pacheco, él también escritor y polemista, sensible e indomable, tenía una personalidad demasiado emprendedora y un pasado demasiado rico para desempeñar simplemente el papel meritorio, pero oscuro de albañil.

Seguramente no había ido en misión a París sin tener en su equipaje todo un arsenal de documentos que la legación y el consulado de Montevideo en Francia todavía podían completar.

En la Nueva Troya se citan diarios: el Diario de la Tarde de Buenos Aires del 22 de octubre de 1841; el principal órgano de Rosas. La Gaceta Mercantil del 6 de diciembre de 1841, del 21 de abril y del 20 de setiembre de 1842; el Boletín de Mendoza. Ciertas obras elocuentes de los escritores unitarios refugiados en Montevideo se encuentran allí: Rosas y sus opositores y las famosas Tablas de Sangre de las administraciones de Rosas, por José Rivera Indarte, en cuanto a los horrores de la dictadura; una larga carta pública dirigida en 1846 por Florencio Varela redactor del Comercio del Plata de Montevideo a William Brent, encargado de negocios de Estados Unidos en Buenos Aires, en cuanto a las matanzas de prisioneros; Los rasgos biográficos de Manuela Rosas por su antiguo pretendiente José Mármol, en cuanto a la galante rehabilitación de la hija del dictador. Civilización y barbarie por Domingo Sarmiento, señalada al público francés en noviembre de 1846 por la Revue des Deux Mondes con grandes elogios, inspiró tal vez a Dumas-Pacheco el pintoresco relato de Don Facundo Quiroga.

Los apuntes históricos de la Defensa de Montevideo atribuidos a Wright son citados para relatar los horrores que siguieron a la batalla de Arroyo Grande y para evocar la falta de recursos de Montevideo y su grandioso esfuerzo al comienzo del Sitio. Es por otra parte la única transcripción honestamente confesada, mientras que algunos textos son reproducidos sin pudor, por ejemplo Mes voyages dans les républiques de la Plata de Armand, para el retrato del general Fructuoso Rivera.

Aunque algunas ya hubiesen aparecido en obras y revistas técnicas de valor, la Nueva Troya no utiliza las opiniones de los diplomáticos y agentes franceses que fueron promotores de la energética intervención en favor de Montevideo, en el transcurso de los años 1845, 1846 y 1847: el barón Delaunay, el conde Walewski y sus jóvenes secretarios respectivos, Chevalier de Saint-Robert y Alfred de Brossard, los

marinos Lainé, de Tréhouart, Dupetit-Thouard. La libertad de prensa de nuevo en auge bajo la Segunda República había permitido sin embargo una amplia difusión de esos opúsculos.

La documentación de lengua española prevalece pues en mucho sobre la documentación impresa de autores franceses, lo que incita a dar más importancia al general Pacheco que a Dumas en la colaboración. Esto es tanto más verdadero cuanto que la Nueva Troya utiliza la correspondencia diplomática del enviado uruguayo con los ministros franceses de Tocqueville, d'Hautpoul y Dumas. Ecos de sus comunicaciones del 5 de setiembre, del 15 y del 28 de noviembre de 1849 se encuentran en el sexto capítulo. Un pasaje hasta es extraído directamente de ella, aquel en que Francia es requerida de salvar a Montevideo por una intervención digna de este nombre, o de dejarla perecer gloriosamente por un abandono definitivo, en lugar de prolongar una resistencia exangüe con negociaciones inútiles y menoscabantes. El opúsculo francés del general Pacheco aparecido el 20 de diciembre de 1849 bajo el título: **Respuesta a los detractores de Montevideo** es un texto auténticamente preparatorio de la Nueva Troya, impreso como ella en casa de Napoleón Chaix y Cia. Las atrocidades cometidas por Rosas y Oribe se encuentran ya citadas allí textualmente, así como largos pasajes, palabra por palabra: la respuesta espartana de la señora de Correa al saber la muerte de sus tres hijos por ejemplo, o las amenazas que rehabilitan a Garibaldi el condottiere.

El diplomático uruguayo añade aún a sus lecturas, abundantes, rápidas y apasionadas, los recuerdos y las experiencias, las adoraciones y los odios de su tumultuosa existencia en los países del Plata.

Así se explica la florida introducción de la Nueva Troya donde pasan, en el cuadro de la quinta Hocquart, los amables rostros de Nazarea, de Clementina y sobre todo de Matilde con quien se casará pronto. Ya en 1842 había tenido para ellas y sus compañeras Antonita, Rosita, Lisarda y Anita, un encantador Diario de Viaje donde se mezclaban pensamientos románticos y poesías elegíacas, durante una extraña misión ante la República de Río Grande cuya alianza contra Rosas buscaba su jefe, el general Rivera. En esa especie de exilio diplomático que era su misión a París, presa de la amargura de un semifructuoso a pesar de sus generosos esfuerzos, después de diez años de guerras civiles, de proscripciones y de enfermedades la evocación de los tiempos felices de su juventud era tanto más dulce para el general.

Y se exolican también la glorificación de Jorge Pacheco, su padre, que toma giros de leyenda: la de sus grandes amigos José Garibaldi, Marcelino Sosa, Jacinto Estibao, Andrés Lamas y el coronel Batlle a quien la naturaleza ha hecho hermoso, bravo, espiritual, lleno de talento, uno de esos hombres cuyo porvenir está destinado a resplandecer en la futura historia de América; la de sus partidarios, sus compañeros de gloria y miseria que son nombrados para que sepan bien que su nombre ha resonado en Europa.

Como nunca se está mejor servido que por uno mismo, el general Melchor Pacheco y Obes coloca, bajo la firma de Alejandro Dumas, uno de los panegíricos personales más elocuentes.

Con la trible exaltación de su raza, de su época y de su temperamento, el yo romántico del colaborador de Dumas se ha hipertrofiado. Cerca de la mitad de la defensa e ilustración de Montevideo, es una defensa e ilustración de los Pacheco, padre e hijo.

Frente a esto, troyanos esenciales son



ALEJANDRO DUMAS (PADRE). (1803-1870). MUSEO HISTORICO NACIONAL DE MONTEVIDEO, SIN INDICACION DE AUTOR.

reducidos a la porción congrua: Manuel Herrera y Obes, el coronel Jean-Chrysostome Thiébaud, Doña Bernardina de Rivera entre otros, o son un poco maltratados como el general Rivera.

Por más imperfecto que sea el esquema del plan suministrado por Pacheco a Dumas, es confirmado sin embargo en sus grandes líneas por un testigo que conocía a los hombres. En su isla de Capreria, en 1871, Garibaldi, envejecido, revisaba sus Memorias y, deteniéndose en su campaña del Uruguay juzgada por él como la más brillante de su vida tumultuosa, prefiere la ciencia militar y la honestidad grave del general Paz al instinto guerrero y al dejar pasar seductor del general Rivera; elogió sobre todo a Melchor Pacheco, valiente e intrepido; hablaba hasta de su genio militar. No hace por lo contrario ninguna alusión a la Nueva Troya de Dumas y al novelista mismo, como si quisiera hacer justicia al general Pacheco, artesano principal de una historia prestigiosa sobre la cual Dumas sólo había escrito rápidamente.

Es pues un texto muy trabajado y completamente nutrido de los sentimientos y experiencias del general Pacheco y Obes el que Alejandro Dumas pudo completar y animar. El novelista llega hasta a escribir que trabajó al dictado del general, en su traducción posterior de las Memorias de Garibaldi. Es una confesión a la que no estaba acostumbrado. Parece interesada. Probablemente ha querido, con ella, dar más veracidad a los amplios trozos tomados de la Nueva Troya destinados a dilatar el texto de las Memorias auténticas de Garibaldi, demasiado exiguo para ser materia de dos provechosos volúmenes.

Alejandro Dumas no era hombre de dejarse dictar un texto, no por escrúpulo de honestidad literaria, sino por vigor de temperamento. Conversador incomparable, tenía necesidad de hablar sus libros antes de escribirlos o de hacerlos escribir, y continuaba hablándolos mientras los escribía. El general Pacheco y Obes, brillante "causeur" y ardiente polemista aún en francés, poeta ultra-romántico a ratos, duelista fogoso, y que le llegaba adornado del prestigio de las Américas lejanas, heroicas y sangrientas, era un digno compañero.

Dumas le enviaba cortos billetes que dan medida del entusiasmo de ambos por componer la Nueva Troya. Ilustra ese artículo uno de ellos, inédito, encontrado en el álbum de Matilde Stewart, la futura esposa del enviado montevideano.

El dictado fué sin ninguna duda una colaboración oral y escrita muy íntima de dos amigos que no pensaban de ninguna manera explotarse el uno al otro y que se exaltaban glorificando una noble causa. Es lícito atribuir la mayor parte al general: él parece haber dado la idea del libro, construido más o menos el plan; él suministró seguramente toda la documentación y tal vez redactó en francés de un solo trazo casi todo el opúsculo, consagrándose Dumas sobre todo a la redacción final, colocando de tanto en tanto trozos de bravura. El más fecundo de los novelistas franceses tenía, en verdad, el gusto del trabajo colectivo y hasta el del ajeno, pero la Nueva Troya lleva su sello: el estilo hablado muy viviente del cuentista; la división en cuadros espectaculares del dramaturgo, los impulsos oratorios del periodista de "izquierda"; la generosidad fácil y a través del escritor popular. A pesar de todos sus defectos literarios e históricos o mejor, a causa de ellos, la Nueva Troya participa en cierta medida de su talento creador poderoso y espontáneo, que hacía decir a Michelet: **Ese hombre es una fuerza de la naturaleza!**

Jacques DUPREY.

*Souvenir! Souvenir! Tiran de l'existence
Qui venez recueillir des regrets superflus...
Pourquoi nous rappeler les jours de la souffrance,
Et les jours de bonheur qui ne reviendront plus?
Il n'est rien des fragments de la vie,
En rendant au présent les rêves du passé.
Nous faire du bonheur un rêve qu'on oublie
De la douleur un rêve à jamais rassuré?
La joie et la chagrin, tout alors une même
Par le moment présent impose à l'avenir.
Le souvenir sait bien le secret de la peine
Mais il ne sait jamais le secret du plaisir.*
5 Janvier 53
P. J. Obes.

*Suplica al Sr. Gral
D. Melchor Pacheco y Obes,
que a su feliz arribo a París con su amable esposa, tenga la
bondad de preguntarle al Cuartel que dirige al Emperador y al
Príncipe, que sea recibida por la Legación francesa en Montevideo
llegar a las manos del Emperador.
El Sr. D. Juan Manuel Besnes y Irigoyen, que ha sido
trabajado por mí, que llevó cuando fue en comisión y que los señores
de París retienen favorablemente, tengo la bondad de enviar de la
Estadística de dicho señor Besnes un Certificado de aprobación
para mi satisfacción y de los señores de Montevideo.*
Juan Manuel Besnes y Irigoyen

POESIA MANUSCRITA INEDITA DEL GENERAL MELCHOR PACHECO Y OBES, VERSOS DEDICADOS A MATILDE STEWART, QUE FUE SU ESPOSA MESES MAS TARDE. — (ALBUM DE MATILDE STEWART).

SUPLICA AUTOGRAFA INEDITA DE JUAN MANUEL BESNES Y IRIGOEYEN AL GENERAL MELCHOR PACHECO Y OBES. — (ALBUM DE MATILDE STEWART).